

ORGULLO de CACIQUE

Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios reales*, hace referencia a un episodio que el gran narrador peruano Ricardo Palma, en sus *Tradiciones peruanas*, refiere haber oído relatar en Acarí, a un indio viejo, próximamente tres siglos después de la fecha en que escribiera nuestro ilustre capitán y escritor.

Cuentan, que en el año 1547, la rivalidad entre los caciques de Acarí y de Atiquipa había puesto a sus vasallos en tal estado de excitación que por el más fútil pretexto llegaban a las manos, lo que determinó al corregidor de Nazca a preocuparse de acabar con aquel motivo permanente de desorden. A tal efecto, hizo comparecer a su presencia a ambos caciques y, después de oírlos, los obligó a que prestaran juramento de acatar el fallo que pronunciara. Su resolución fué favorable al de Acarí y para festejar y afianzar la concordia, dispuso la celebración de un banquete al que acudirían con ellos los más principales de los suyos. Concurrió a él representación numerosa de uno y otro bando conduciéndose todos con la mayor cordialidad y disimulando hábilmente su enojo el Atiquipa que, al llegar el momento de los brindis, levantóse, y tomando dos mates llenos de chicha, ofreció al de Acarí el que llevaba en la mano derecha, diciéndole:

—Hermano, sellemos el pacto brindando por que solo la muerte sea poderosa a romper nuestra alianza.

Levantóse también el cacique de Acarí y respondió:

—Hermano, si me hablas con el corazón, dame el mate de la izquierda, que es mano que al corazón se avecina.

El de Atiquipa, con pulso sereno, pasó al de Acarí el mate que le reclamara y los dos bebieron hasta la última gota del licor; más, aquel, al separar el mate de sus labios, cayó como herido por un rayo. Había ingerido el tósigo que preparara para realizar su venganza, op-

tando por el suicidio antes de verse en el ridículo por haber sido descubierto su propósito.

Traemos a cuento lo que antecede, para hacer notar el concepto que de su propia dignidad tenían los caciques incaicos, muy distinto por cierto del que apreciamos en los que conocemos. Aquellos, no pudiendo sufrir un segundo de ridículo, afrontaban estóicamente la muerte; los de hoy, han vivido siete años de oprobio sufriendo, estóicamente también, las manifestaciones de la exagración de los de arriba y los de abajo, y, al cabo de ellos, resurgen con iguales o mayores bríos que antes, olvidando que sino han podido perder un pudor que no tenían, para los ciudadanos no ha pasado en balde el tiempo ni la excitación a su defensa por las vías del ejercicio de sus derechos. Es innegable que el heroísmo tiene diversas y a veces contrapuestas formas de manifestarse.

Entre aquel cacique de noble estirpe que encontraron nuestros conquistadores en América y su homónimo de hoy, media un abismo que acaso se presente ocasión de señalar.

CONTESTANDO

Quien haya leído los últimos números de *EL CENSOR* habrá visto «Un ruego» y una «Réplica». Ruego que se dirige a las autoridades, con toda mesura, sin menoscabo de persona ni cosa determinadas.

Jamás creí, que esas líneas, tendentes a recabar para este pueblo una necesaria e ineludible mejora, hacedera por no revestir mayor sacrificio económico; llevado por el imperativo de todo buen ciudadano, de remover lo ruinoso y vejatorio, habrán de dar margen ni ocasión para que surgiera la réplica procaz y atrevida por conducto de un vate, de mucha petulante y pretenciosa.

Contestar a esa ironía, entiendo que es descender a muy bajos menesteres en controversias periodísticas; más como la verdad

se impone y la lógica debe resplandecer, debo volver a referirme al «ruego de un vecino».

¿Acaso no es cierto que las calles de este pueblo, dado el lugar donde se encuentra el abastecimiento principal de aguas y el único abrevadero, en horas de mayor tránsito, se ven invadidos por multitud de caballerías, especialmente en días de mercado, que obstruyen el paso a los transeuntes con el consiguiente riesgo de ser atropellados?

¿No es cierto, que vias como la de la Estación,—acceso más frecuente para la plaza de abastos,—se ve constantemente asaltada por toda clase de vehículos y bestias con peligro inminente de sus vecinos que forzosamente se ven recluidos en sus viviendas generalmente lóbregas y malsanas, sin que en la calle puedan momentáneamente gozar del aire renovador, por la súbita embestida de un auto o atropello de una caballería? Varios casos se pueden citar.

¿Estuviera demás una fuente pública y abrevadero en el sitio del «Barranco» para satisfacción de la «Sociedad Protectora de Animales y Plantas», martirio del endémico tracoma, ausencia de vitaminas en las polutas carcas de la chiquillería y deserción de parásitos y bacilos en su foco de exportación y antihigiénico suburbio? ¿Que sobrante apareciera en ese arrabal, la instalación de un lavadero en condiciones más humanas que el actual por el modelo de los que funcionan en pueblos limítrofes, sin el peligro de perder la salud y aún la vida, por el obligado baño, a veces incompatible con el estado del sexo que lo utiliza! Esto es cruel. Haya una poca más caridad y protección para la mujer.

Sin duda, en su mal entendida ética, ese osado y morboso metaloide, en una rabieta de niño mal educado, arremete sin ton ni son, con sus cínicas lucubraciones en abierta pugna con los anhe-

los de renovación que debe vibrar en todo espíritu que reacciona cuando ve lesionado el sentimiento de su patria chica y el demérito de sus habitantes:

No se puede conjeturar que esa indiscreta e incoherente reticencia sea servida por el eco de un espolique o esbirro condoctiero. Quizas si le hubieran preparado una función de fuegos de artificio o una corrida de burros, estuviera mejor pagado; pero unirse al ritmo de la vida aplaudiendo al que látigo en mano ahuyenta a los covachuelistas de las ubres del presupuesto; No.

Y al que concretándose en la eficacia de su pacífica vida, sin guarecer en su corazón la flor de la ingratitud, sin rótulos ni charangas, sin falsa modestia ni necia jactancia, consagrado al cumplimiento de su deber; Merces. A este hay que inquietarlo con la esgrima de los más soeces adjetivos, sin detenerse al lanzarlos en el umbral de la más elemental educación.

Sepa el enfático y falaz «trovaor» que a su injusta y temeraria amenaza o aviesa diatriba, encontrará la mayor hostilidad; y como mi afán está movido por el bien colectivo sin que subrepticamente apetezca nada personal, me obliga prescindir del seudónimo.

A. Peregrin

ALMA CAMPESINA

El *Heraldo de Madrid* del jueves 18 del pasado, en su sección de *Literatura, Libros, Crítica*, subsección *La feria de los libros*, dice ocupándose del último libro de nuestro poeta: *ALMA CAMPESINA. Poemas regionales, por José M. Alvarez de Sotomayor. Editorial Pueyo, Madrid.*

Figura, como es sabido, el señor Alvarez de Sotomayor en la secta poética de que—en lengua castellana—fué fundador y pontífice máximo José María